

Discipulado de la Palabra Tercera semana de Cuaresma



(Fotografía: Andrew Soundarajan. Título: Misty Teton Sunset)

“Ojalá escuchen hoy su voz,
no endurezcan su corazón”
(Salmo 95, 7-8)

Tercera semana de Cuaresma LUNES

Resistencias de corazón para la conversión Lucas 4,24-30

“Ningún profeta es bien recibido en su patria”

Al comenzar esta tercera semana de Cuaresma, la Palabra de Dios nos introduce delicadamente en el misterio Pascual de Jesús, que de alguna forma estuvo siempre presente durante su vida y particularmente durante su misión.

El evangelio de hoy nos sitúa en el comienzo de la predicación de Jesús en Galilea y particularmente en Nazaret. Jesús predica en las sinagogas con la fuerza del espíritu santo quien lo escucha recibe la salvación prometida en los profetas: **“Esta escritura que acaban de oír se ha cumplido hoy”** (4,21) y todos se admiran de las palabras de **“gracia”** que salían de su boca (4,22).

Pero a la admiración sigue inmediatamente el escándalo. Desde el comienzo hasta el final de su vida Jesús será ocasión de escándalo para la mentalidad de sus contemporáneos: **“¿No es éste el hijo de José?”** (4,22).

La sencillez, la humildad y la pobreza de Jesús **“que no haciendo alarde de su categoría de Dios se vació de sí mismo y asumió la condición de esclavo”** (Filipenses 2,6), colocándose entre los últimos es motivo de escándalo para su pueblo.

Ellos creen conocer todo de Jesús porque conocen su familia humilde de Nazaret, mientras Jesús conoce sus pensamientos y desenmascara su realidad: **“seguramente me van a decir el refrán: médico cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaúm, hazlo también aquí en tu tierra”** (4,23).

Los paisanos de Jesús en lugar de convertirse con **“las palabras de gracia que salen de su boca”** (4,22) se niegan a creer en Él y pretenden que haga para ellos los mismos milagros que ha hecho en Cafarnaúm.

El conocimiento que creen tener de Jesús y la pretensión de verlo realizar milagros no les permite creer en Él. Y Jesús viendo su incredulidad les dice con autoridad: ningún profeta es bien acogido en su tierra.

El rechazo que es dado a Jesús es el mismo que fue dado a los profetas. Elías y Eliseo no pudieron hacer milagros en Israel sólo en Sarepta de Sidón y en Siria (25-27) donde encontraron corazones abiertos para acoger la palabra de Dios (ver 1ª Reyes 17,7.16; 2ª Reyes 5,1.14).

En cuanto Jesús está lleno del Espíritu Santo en su predicación, sus paisanos están llenos de rabia y quieren matarlo (4,28-29). **“Pero Jesús pasando en medio de ellos se marchó”** (4,30).

Lucas deja intuir algo extraordinario que no permite a los nazarenos acabar con Jesús: el Maestro se les sale de las manos, pasa por en medio de la rabia y el rechazo de su pueblo, no se deja atrapar ni afectar, sale libre de sus manos. En esta increíble libertad de Jesús se preanuncia su resurrección, su victoria sobre las garras de la muerte.

Encaminándonos ya hacia el final de la Cuaresma el Evangelio de hoy cuestiona fuertemente nuestra fe y la autenticidad de nuestra conversión. ¿Habrà algo que a este punto, nos está impidiendo una verdadera conversión?

Cultivemos la semilla de la Palabra en el corazón.

1. ¿Qué quiere decir que Jesús predica con la fuerza del Espíritu Santo?
2. ¿En qué forma concreta me estoy acercando diariamente a la Palabra de Dios y qué efectos de cambio constato en mí?
3. ¿Cómo manifestamos que creemos en Jesús, no sólo a nivel individual sino como familia o comunidad? ¿No será que nuestra fe se reduce a unos cortos momentos diarios o semanales que después no tienen que ver nada con nuestra vida?

“Practicando la abstinencia en el beber y en el comer, debemos pues seguir la misma ley con las demás debilidades que deben ser también controladas. Es ahora el tiempo favorable para ejercer la dulzura y la paciencia”

(San León Magno, “Sobre la Cuaresma”)

Tercera semana de Cuaresma

MARTES

Nuestra conversión: Perdonar de corazón

Mateo 18,21-35

“¿No debías tu también Compadecerte de tu compañero, como yo me compadecí de ti?”

En nuestro itinerario Cuaresmal, la Palabra de Dios nos invitó a verificar nuestro proceso de conversión. Continuamos en la escucha del Maestro y en la docilidad a su Espíritu, permitiendo que Él pueda infundirnos ese espíritu nuevo que nos hace personas renovadas, verdaderos discípulos.

El Evangelio de este día ubicado en el discurso de Jesús sobre las relaciones fraternas propias de la comunidad de los discípulos (ver Mateo 18), nos coloca ante una enseñanza de Jesús sobre la necesidad de perdón.

Nuestro texto tiene dos partes.

- (1) El diálogo de Pedro con Jesús (18,21-22)
- (2) La parábola del siervo sin entrañas (18,23-34)

1. El Diálogo de Pedro con Jesús: el “perdón” le da identidad a la comunidad

Pedro toma la iniciativa y se acerca a Jesús para preguntarle: *“Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?”* (18,21).

La pregunta de Pedro nos deja entender que él había comprendido ya muy bien que la comunidad de Jesús se construye en el perdón recíproco. Es de esta manera como somos identificados como hijos del Padre celestial (ver 5,43-45 y 6,14-15).

En la pregunta, Pedro puso un límite: “**¿Hasta siete veces?**”. La respuesta de Jesús, por su parte, abre el perdón del discípulo hacia un horizonte ilimitado: “**No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete**” (18,22). Por lo tanto, el perdón del discípulo no tiene límites, así como tampoco tiene límites el perdón y la misericordia del Padre hacia nosotros.

Para profundizar esta enseñanza, Jesús introduce enseguida la parábola del “Siervo sin entrañas”.

2. La Parábola del siervo sin entrañas

La parábola está construida a partir del contraste entre **la misericordia** de un rey que le perdona a un siervo suyo una deuda incalculable (18,23-27) y **la crueldad** y dureza de ese mismo siervo que no perdona a su compañero que le debe una pequeña suma de dinero (18,28-30).

(1) La magnanimidad del corazón del Padre

Al rey, que llama a sus siervos a ajustar las cuentas, le es presentado uno que le debía diez mil talentos (18,24). Diez mil talentos son una suma tan desproporcionada, que quizás solamente el rey podría poseerla y que tal vez el siervo no habría alcanzado a pagar durante toda su vida.

Ante el siervo que le suplica diciendo “**ten paciencia conmigo que te lo pagaré todo**”, el rey “**movido a compasión, lo dejó marchar y le perdonó la deuda**” (18,27).

El rey se deja tocar el corazón por la angustia y la necesidad del pobre que suplica. No piensa en la gran suma de dinero que tiene el peligro de perder, no persiste en hacerle cumplir con la justicia, sino que, lleno de compasión y de misericordia, le perdona todo y lo deja marcharse en libertad. La magnanimidad de su corazón ha superado inmensamente aquella deuda que sobrepasaba ya toda medida.

Con estos trazos desproporcionados, Jesús señala cómo es el corazón del Padre y su infinita ternura y compasión hacia nosotros. Los “diez mil talentos”, suma incalculable, aluden a la grandeza de lo que Dios ha hecho y sigue haciendo por nosotros.

(2) La dureza de nuestro corazón

A la salida *“aquel siervo encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios”* (18,28a). Cien denarios representan una suma mínima en comparación con la deuda que le había sido perdonada.

Viene entonces el momento cruel, el siervo maltrata física y moralmente a su compañero: *“lo agarró y ahogándolo le decía paga lo que debes”* (18,28b).

Ante la súplica de su compañero, que usó exactamente las mismas palabras que él poco antes le había expresado a su señor (18,29; ver el 26), *“no quiso perdonarlo sino que se fue y le echó a la cárcel, hasta que pagase lo que debía”* (18,30). En fin, no le tuvo “paciencia”. Notamos una desproporción inmensa entre la misericordia que había recibido y la dureza de su corazón que mostró ante los demás.

La historia coloca en la balanza el derroche de perdón recibido (del Padre, de los otros) y la estrechez y dureza de nuestro corazón de quien es incapaz de perdonar.

Pero las cosas no se quedan así. Cuando el rey se entera del comportamiento de aquel siervo, lo llama y le encara su maldad: *“Siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero como también yo me compadecía de ti?”* (18,32b-33).

(3) El corazón del Padre, medida de nuestro perdón

El perdón que recibimos de Dios, nos da la medida del perdón que debemos dar a los hermanos. Este es el sentido de la respuesta de Jesús a Pedro: *“Hasta setenta veces siete”* (18,22). En otras palabras: lo que Dios hace con conmigo es el principio de cuanto debo hacer por el hermano; la misericordia que el Padre derrama sobre nosotros sin medida, acogida en nuestro corazón, debe desbordarse gratuitamente hacia los otros, como gratuitamente nos ha sido dada.

3. El perdón una necesidad vital y recíproca

Retomando el contexto amplio en el que se encuentra esta parábola, comprendemos ahora que el perdón es lo que hace posible la vida comunitaria.

Estamos juntos, no porque no nos equivocamos y no nos ofendamos, sino *porque perdonamos y somos perdonados*. Nuestras limitaciones y defectos en lugar de aislarnos y dividirnos pueden fortalecer la comunión y la unidad cuando el perdón se convierte en una actitud permanente de nuestra vida. Por eso el perdón es una necesidad vital de nuestra convivencia diaria.

Pero hay que observar la última frase de este pasaje: el perdón que Jesús pide es un perdón que viene desde el *“corazón”* (18,35). En este “corazón”, es decir, en lo más profundo de mí mismo, debe permanecer, no el rencor por la pequeña ofensa que recibo del hermano, sino el amor infinito e incondicional que el Padre.

Se podría decir que no perdonar es matar en mi hermano el amor del Padre.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Qué diferencia encuentro entre la actitud del amo y la del siervo según nos la presenta el texto?
2. ¿Mi actitud de perdón hacia los demás es siempre abierta y generosa? ¿Qué puedo mejorar al respecto?
3. ¿Cómo he agradecido el perdón que alguna vez he recibido de alguien?

Tercera semana de Cuaresma

MIÉRCOLES

Amar como Dios nos ama: Plenitud de la Ley
Mateo 5,17-19
“No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento”

La Palabra de Dios en el día de ayer nos colocó en el ámbito de la vida fraterna invitándonos con fuerza a *perdonar de corazón* para contribuir eficazmente en la construcción de la comunidad y manifestarnos ante el mundo como los hijos de Dios, los hijos del Reino.

El perdón que damos y recibimos es un ejercicio fundamental en nuestro itinerario cuaresmal.

El Evangelio de hoy vuelve a llevarnos al “sermón de la montaña” para centrar la atención de nuestro corazón en Jesús, plenitud de la Ley y los Profetas, el verdadero Maestro – superior a Moisés- que nos hace entrar en el corazón de Dios Padre.

1. La realización de la Ley y los Profetas

Jesús comienza con un planteamiento fundamental: *“No piensen que he venido a abolir la ley y los profetas, no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento”* (5,17).

La ley de Dios, entregada al pueblo por mediación de Moisés (ver Éxodo 20), expresa la voluntad de Dios que quiere que hagamos el bien y evitemos el mal, que busquemos lo que promueve la vida e evitemos lo que genera muerte (ver Deuteronomio 32,47).

Los profetas promovieron el cumplimiento de la ley y denunciaron con ardor las trasgresiones que se hacían a ella. Pero conociendo la incapacidad del corazón humano para seguir los caminos de Dios, pregonaron la Promesa de Dios de darnos un corazón nuevo: *“...Y les daré un corazón nuevo, infundiré en ustedes un espíritu nuevo, quitaré de su carne el corazón de piedra. Infundiré mi espíritu en ustedes y haré que se conduzcan según mis preceptos”* (Ezequiel 36,25-27; ver también Jeremías 31,31-34).

Al decir que viene a “dar cumplimiento” a la Ley, Jesús está aceptando y reconociendo el valor de la ley. Pero colocándose en la visión de futuro de los profetas, en la Nueva Alianza que él sella con su sangre (ver 26,28), la conduce a su plena realización en el corazón del hombre: de la *exterioridad a la interioridad*, al corazón (ver Jeremías 31,33).

De aquí se deriva una nueva interpretación de la Ley en clave de “justicia”, es decir, que su objetivo es la realización de la Alianza con Dios y la vivencia de sus consecuencias en la comunidad fraterna: un vivir en sintonía con el corazón de Dios (desde aquí se interpreta la letra).

Jesús es el primero que vive el amor, su justicia es infinitamente superior a la de los escribas y fariseos, porque tiene como fundamento el Amor del Padre: *“Para que sean hijos de su Padre celestial... Ustedes, pues, sean perfectos como es perfecto su Padre celestial”* (ver 5,43-48).

2. Los detalles del amor

Desde la realización de la promesa en Jesús, se comprende que no hay una abolición de la Ley sino una vivencia más perfecta de ella. No como un sobrepeso sino como *“yugo suave y carga ligera”* (11,30).

Es así como comprendemos mejor por qué Jesús insiste en que debemos cumplir hasta una tilde de la ley (5,18-19). De hecho, tampoco el amor del Padre y de Jesús no descuida los detalles.

De aquí que nuestra participación en la intimidad y en la gloria del Padre será proporcionada a la calidad y profundidad de nuestro amor a Dios en los hermanos. Más adelante se dirá que en este “hacer” concreto se resume la ley y los profetas (ver 7,12; 22,39-40).

Creciendo en la escucha y la vivencia de la Palabra, siempre desde aquel que la llevó a plenitud y atendiendo a los detalles del amor, caminamos hacia la Pascua. El camino nos introducirá en el corazón del Padre.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Qué quiere decir Jesús cuando afirma que no vino a abolir la ley sino a darle su cumplimiento?
2. ¿Cómo puedo, o podemos en familia, darle cumplimiento a la ley de Dios a la manera de Jesús?
3. ¿Con qué gestos concretos manifestamos nuestro amor a quienes viven con nosotros? ¿A dónde debe llevarme en última instancia la Pascua en la cual sellamos junto con Jesús la “Nueva Alianza”?

Tercera semana de Cuaresma

JUEVES

Estas con Jesús para ser liberados del mal
Lucas 11,14-23

“El que no está conmigo, está contra mí, el que no recoge conmigo desparrama”

La Palabra de Dios, que ha venido iluminando y orientando nuestro camino cuaresmal, nos ha mostrado en las parábolas y discursos de Jesús los diferentes matices del amor cristiano, con una particular acentuación en la reconciliación, el perdón y la misericordia como experiencias fundamentales de nuestra identidad de hijos de Dios. La vivencia del amor *a la manera de Jesús* es el sello que distingue a sus discípulos.

El Evangelio de hoy tiene como contexto anterior la enseñanza de Jesús sobre la oración según la versión de Lucas. En la oración pedimos al Padre el pan de cada día (11,3), el pan es el don del amigo que ya está descansando para dar al amigo que viene de viaje (11,6-7), es el símbolo de la “cosa buena” que un papá –por muy malo que sea- nunca le niega a su hijito (11,11-12).

Y en la oración, que siempre es escuchada (11,10), obtenemos el don del Espíritu Santo (11,13), que es el don mayor del Padre con el cual también nosotros podemos vencer al maligno. Y esto porque la lucha de Jesús en el desierto, continúa en nosotros sus discípulos (11,4).

1. Jesús, libera del mal con el dedo de Dios

En nuestro texto (que tiene sus paralelos en Mateo 12,22-30 y Marcos 3,22-27), vemos a Jesús, quien después de expulsar a un demonio es acusado por sus opositores de hacerlo con el poder de Beelzebul, el príncipe de los demonios (11,14-16).

“Pero él, conociendo sus pensamientos” (11,17) les explica cuán contradictoria e ilógica es su acusación: *“Si pues Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo va a subsistir su reino?...”* (11,18).

“Pero si por el dedo de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a ustedes el Reino de Dios” (11,20). En la victoria sobre el mal, Jesús revela su misterio y da un signo inequívoco de la llegada del Reino de Dios.

“Por el dedo de Dios” (11,20). La imagen expresa en la Biblia la realidad del poder de Dios actuando en medio de la gente (ver Deuteronomio 9,10; Éxodo 7,18; 8,15). *“Por el dedo de Dios”*, es decir, con la fuerza de Dios, con su Espíritu, Jesús libera de la esclavitud del pecado y reconstruye en cada persona el rostro de hijo para el cual fue llamado.

El gesto que Jesús realiza es un gesto pascual. Lo que Dios hizo en el pasado, liberando al pueblo de la opresión y la esclavitud, *lo realiza ahora en Jesús*. Por eso afirma sin rodeos que *“ha llegado a ustedes el Reino de Dios”*.

2. Quien conoce a Jesús, siente la necesidad de optar por El

Esta presentación del Jesús pascual, vencedor del maligno, nos orienta enseguida en una dirección práctica para el discipulado:

Quien reconoce en Jesús la llegada del Reino de Dios, no puede no seguirlo. Conocerlo, es acogerlo y optar por él: “El que no está conmigo, está contra mí, el que no recoge conmigo, desparrama” (11,23).

Por tanto:

- *Quien está con Jesús* recoge frutos de vida: recuperar la filiación perdida, entra en el corazón del Padre y ama a los hermanos con sus mismos sentimientos. Estar con Jesús lleva a tener su mismo Espíritu.
- *Quien no está con él*, desparrama (11,23b), es decir, pierde su vida, queda indefenso en manos del enemigo. En cambio con Jesús *“el más fuerte”* (11,22), que ha derrotado definitivamente al maligno, es posible vencer las insidias del mal, y ser los hijos amados del Padre (ver 11,2.13).

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿Qué quiere decir que Jesús libera del mal con el dedo de Dios?
2. ¿En qué momentos de mi vida he constatado que estoy con Dios? ¿En qué momentos o situaciones he constatado lo contrario?
3. ¿Qué implicación “pascual” tiene el ser discípulo de Jesús? ¿De dónde proviene la victoria sobre el mal? ¿Qué hay que hacer para obtenerla?

Oración comunitaria para la cuaresma

“Todos: Ha llegado a Ustedes el Reino de Dios (Lucas 11,20)
Lector: El que crea y sea bautizado, se salvará (Marcos 16,16)
Todos: Ha llegado a Ustedes el Reino de Dios
Lector: Que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (Romanos 14,17)
Todos: Ha llegado a Ustedes el Reino de Dios
Lector: Por Cristo, que se entregó a sí mismo
para librarnos del mal,
según la voluntad del Padre,
a quien sea la Gloria por los siglos (Gálatas 1,1-5)
Todos: El Reino de Dios ha llegado a Ustedes”
 (Del Monasterio Apostólico “Piedra Blanca”, Francia-Chile).

Tercera semana de Cuaresma

VIERNES

Nuestro amor a Dios se expresa en el amor fraterno
 Marcos 12,28b-34
“No existe otro mandamiento mayor que esto”

Hemos recorrido ya una buena parte de nuestro itinerario cuaresmal. En este día penitencial, tenemos la oportunidad de verificar el camino recorrido e intensificar nuestro proceso de conversión, escuchando y siguiendo las enseñanzas de Jesús, nuestro Maestro.

En el Evangelio de hoy Jesús vuelve a enfocar la característica fundamental de nuestro discipulado: *el amor a Dios y el amor al prójimo*, como expresión máxima de la voluntad del Padre sobre nosotros.

1. EL amor es lo primero

Después de haber escuchado la discusión de Jesús con los saduceos sobre la resurrección de los muertos, *“un escriba se acercó a Jesús, y le preguntó: ‘¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?’”* (Marcos 12,28).

La pregunta que el escriba le dirige a Jesús es simple y directa, no tiene asomo de hostilidad o ironía. De la manera como concluye el diálogo entre los dos (ver 12,32-34) podemos pensar que este hombre se ha acercado a Jesús con un sincero deseo de aprender de él.

Jesús le responde: *“El primero es: ‘Escucha Israel: el Señor nuestro Dios es el único Señor, y amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas’”* (12,29-30). Y *“El segundo es: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’”* (12,31). En su respuesta Jesús está uniendo dos citas del Antiguo Testamento: la primera de Deuteronomio 6,4-5, que sintetiza la profesión de fe del pueblo de Israel, y la segunda de Levítico 19,18, referida al amor al prójimo.

Notemos que el escriba en su pregunta hace referencia a un solo mandamiento: *¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?* Jesús, por el contrario, le responde añadiendo un segundo, y concluye afirmando que es uno solo: *“No existe otro mandamiento mayor que estos”* (12,31).

2. Amar a Dios en el hermano

La originalidad de Jesús está en unir los dos mandamientos *en uno solo* y afirmar que éste es mayor de todos los mandamientos. Notemos cómo la palabra que conecta a los dos mandamientos y hacen de ellos uno solo es precisamente la palabra **Amor**.

Jesús siempre unió el amor a Dios y el amor al prójimo hasta el punto que no se puede vivir el uno sin el otro. Juan, el discípulo amado, supo expresar estupendamente, es su primera carta esta síntesis del amor aprendida en la escuela del Maestro ***“pues quién no ama a sus hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido del Él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano”*** (1 Juan 4, 20-21).

Jesús es la expresión viva de esta síntesis: El, el Hijo amado, quien vive con el Padre en una relación de amor indescriptible, hace visible este amor, amándonos a nosotros hasta el extremo de entregar su propia vida (ver Romanos 5,81). Recordemos de nuevo el pensamiento de Juan: ***“En esto hemos conocido lo que es el amor, en que dio su vida por nosotros”*** (1 Juan 3,16).

En la cuaresma, El Maestro de la Vida nos está pidiendo con insistencia este ejercicio de amor, amar como somos amados por el Padre, amarnos unos a otros como Jesús nos ha amado.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. Según Jesús: ¿cuál es el primero y mayor de los mandamientos?
2. ¿En qué forma mi relación con Dios incide en mi relación con los demás?
3. ¿Cómo podemos hacer vida en nuestra familia o en nuestra comunidad el mandamiento que Jesús nos dejó?

*“Debemos amar la oración.
La oración dilata el corazón hasta el punto de hacerlo capaz
de contener el don que Dios hace Sí mismo”*

(Beata Teresa de Calcuta)

Tercera semana de Cuaresma
SABADO

La humildad:
 Ambiente de nuestra transformación interior
 Lucas 18,9-14
*“Porque todo el que se ensalce, será humillado;
 y el que se humille, será ensalzado”*

En este tiempo de cuaresma la Palabra de Dios ha sido para nosotros un espejo en el cual hemos podido mirar con nitidez las vibraciones del corazón de Dios y las de nuestro propio corazón, en una confrontación constante de nuestra relación con Dios y de nuestra relación con los hermanos.

De esta manera, hemos tenido la oportunidad de asimilar los sentimientos de Jesús, el hombre nuevo, el Hijo amado, el verdadero hermano, en nuestro ejercicio cuaresmal del amor, la oración y la misericordia.

1. ¿Cuál espíritu anima nuestra oración?

En el Evangelio de hoy, mediante la parábola del fariseo y el publicano, se nos invita a discernir el verdadero espíritu que anima nuestra oración.

Esta parábola tiene unos destinatarios muy precisos: *“algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás”* (Lucas 18,9).

Con esta parábola Lucas ayuda a desenmascarar ese “fariseo” que puede asediar continuamente la vida de un discípulo de Jesús. Veamos cómo lo hace:

“Dos hombres subieron al templo a orar”: un fariseo, otro publicano” (18,10). Los dos personajes representan dos maneras de estar ante Dios y ante los hermanos, dos maneras de orar, que están en abierta contraposición.

La oración del fariseo

El fariseo parecía más concentrado en su propio yo: *“Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros....”* (18,11).

El centro de su oración es él mismo, su autosuficiencia, su vanagloria. Da gracias, no para alabar a Dios, sino para alabarse a si mismo, condenando y despreciando a los demás. Con Dios es autosuficiente, con los otros es acusador.

Se cree justo porque cumple las leyes, pero está muy lejos del amor de Dios y a los hermanos, como ya había señalado Jesús en este mismo evangelio de Lucas: *“¡Ay de vosotros, los fariseos, que pagáis el diezmo de la menta, de la ruda y de toda hortaliza, y dejáis a un lado la justicia y el amor de Dios”* (11,42).

La oración del publicano

“El publicano en cambio, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho...” (18,13). Su actitud externa, revela el reconocimiento humilde de su pecado, de su propia indignidad ante Dios y un profundo arrepentimiento.

Diciendo ***“¡Oh Dios! Ten compasión de mí, que soy pecador”*** (18,13), el publicano demuestra que el centro de su oración es el Dios de la misericordia que purifica del pecado (Salmo 51,3). Así, como lo hace el orante del Salmo “miserere”, su oración humilde y confiada brota de lo más profundo de su corazón.

2. Quien confía humildemente en Dios, es justificado

Después de esta fuerte contraposición la parábola de Jesús llega donde quería llegar: ***“les digo que este llegó a su casa justificado y aquel no”*** (18,14).

Lo que justifica a una persona delante de Dios no son sus propias obras sino la apertura, la confianza y la acogida de la salvación que el Padre ofrece gratuitamente en su Hijo Jesucristo: ***“Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que harán que nos visite una Luz de la altura, a fin de iluminar a los que habitan en tinieblas...”*** (1,78-79^a).

En la última frase, Jesús explica por qué uno es justificado y el otro no: ***“Porque el que se ensalce será humillado, el que se humilla será ensalzado”*** (18,14).

También en este evangelio, Jesús había enseñado que la humildad de corazón es la actitud de fondo de nuestra fe y de nuestra relación con Dios. Solamente los pequeños, los sencillos de corazón pueden entrar en el Reino de los cielos, porque Dios ***“esconde estas cosas a los sabios y las revela a los sencillos”*** (Lucas 10,1-2).

Este mismo camino de humildad lo ha recorrido Jesús para llevarnos al Padre. Su máxima expresión es la humildad del crucificado.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

1. ¿En qué se asemeja y se distingue la actitud del fariseo y el publicano?
2. ¿Cuáles actitudes de fariseo y de publicano encuentro en mi vida de relación con Dios?
¿Cómo hacer para mejorar?
3. ¿Me comparo frecuentemente con los demás para poder justificar mi manera de obrar?
¿Qué me pide Jesús al respecto?

P. Fidel Oñoro, cjm